

**Una temporada en Gaza**  
**Viaje en territorio sitiado**  
De Katia Clarens,  
Ediciones JC Lattès, 2011  
Crítica de Brigitte Rossigneux

En Gaza, una mujer puede ofrecer flores a un hombre. En Gaza, los barbudos de Hamas dominan la calle con una mano pesada, las muchachas, a menudo, visten hiojab pero pueden comprarse lentes de contacto para hacerse los ojos azules.

En Gaza, ese « territorio sitiado » donde la periodista Katia Clarens acaba de pasar cinco meses, los leones del zoológico salieron de bajo la tierra. Como los pañales para bebés, la nafta, el chocolate, el café, los cigarrillos y los juguetes que llegan por cuentagotas por los túneles que desembocan en Egipto, a causa del embargo israelí.

Cuando uno de esos angostos pasillos, utilizados también para el tráfico de armas, se desploma, otro es cavado. Cada mes, esos cordones que enlazan ese pequeño trozo de Palestina con el mundo exterior generan decenas de miles de dólares. La guerra tiene sus avivados. Propietario de túnel es hoy una posición envidiada. En Gaza, los partidarios de Hamas cohabitan con los partidarios de Fatah. « *Es como en todas las familias* », explica Ziad a su amiga periodista, que había conocido en un reportaje anterior. « *Tratamos, a pesar de todo de entendernos del mejor modo* », corrige. « *Y cuando se arma, ustedes se matan ?* » ironiza la francesa. « *Así es* », afirma secamente.

En Gaza, la población aprendió a desconfiar de todo. De las velas, por ejemplo, a causa de todos los incendios que provocaron desde que hay cortes de electricidad cotidianos. Un millón y medio de gaziotas viven 10 horas por día sin heladera. En Gaza, no es fácil ser soltera. Ni niño. Las dos terceras partes de la población tienen menos de 25 años. Pero para los chicos, los espacios de juegos son escasos.

En el verano, 250 000 niños son recibidos en los 120 parques de las Naciones Unidas para los refugiados. Una concurrencia que el Hamas ve de muy mala gana. Los barbudos tienen también su campo. Una cinta verde anudada en la frente, los niños se entrenan a desfilarse al paso, armados de fusiles de madera. Aprenden cantos guerreros y versículos del Corán.

En Beit lahia, ciudad fronteriza con Israel, violando los acuerdos de Oslo, los árboles frutales, los olivares centenarios, los sembrados, las casas, todo lo que se encontraba allí fue aplastado por los bulldozers israelíes. Privaron así la banda de Gaza de un tercio de sus tierras arables. Ahmad, agricultor, habla de sus hijos : « *Dos de mis hijos estudian en Egipto, el tercero tiene una beca en Alemania. Vendí mi terreno para que pudieran irse. Me hubiera vendido yo mismo para que vean otra cosa. Quiero que sean lo suficientemente sofisticados para hacer la paz* ».

Después de todo, el muro de Berlín terminó por caer !

Le Canard Enchaîné, miércoles 6 de julio de 2011, p. 6